

Por CAMILO
BOAISSO S. J.

la vida y la muerte ana gándara

ANA GÁNDARA publicó un tomito de poesías que titula "La semilla muerta" (1). No es la historia de una semilla muerta, sino la semilla que está muriendo y está renaciendo.

Por una sinécdoque propia de ese momento histórico en que el sentimiento de la muerte pesa más que el sentimiento de la vida, dio el instante cero de la mediación vida-muerte-vida nueva. Tal vez por motivos que nacen de su biología individual, superó el diletantismo al flujo vital de los frenéticos, D. Lawrence, E. Miller, y demás descendientes de Nietzsche. No quiero criticar a esta gente; gran cosa es la vida. Solamente no quiero callar que la sabiduría de Ana Gándara es mayor. Ella se ha colocado fuera del mito del retorno. La vida primera no la ha favorecido, pero tiene la enorme suerte, ganada a fuerza de qué martirios ignoro, de percibir que la muerte está dando a luz una nueva vida. "Porque es preciso que lo corruptible se revista de incorrupción y que este ser mortal se revista de inmortalidad".

Pero, ¿quién tiene el valor para desafiar la muerte de lo corruptible? ¿Qué mortal se atreverá a desvestir la mortalidad? En el dédalo de su monumental fenomenología, Hegel percibió que quien desprecia la muerte, vive en el sí, melancólico y heroico. Y los selectos del furor vital aprendieron a vivir la alta-nera vida, que se conoce perecedera, y

no deja para mañana lo que puede hacer hoy.

El desafío a la melancolía de lo perecedero puede ser muy humano. ¿Qué otra cosa podía hacer el hombre que se sorprende en la trampa de la vida perecedera?

Tal vez la dialéctica, muerte-vida haga crecer la varilla del trigo, como dice Marx; tal vez contenga el dato último de la física general, incluso de la antropológica. Pero se nos ha dado un nombre más firme que el giro de los cuerpos celestes, el cual si oímos, podemos optar por la persistencia. Ana Gándara debe haber oído ese nombre, que es sin embargo inefable en su forma absoluta, pero del cual se nos ha revelado una forma asequible a nuestro ser histórico: el Señor Jesús. El hombre ha oído desde tiempos inmemoriales, fragmentos del nombre divino dispersos en las fuerzas del mundo, hasta que lo pudo nombrar con una fonética más definida, aunque no poco dificultosa. Lo verdaderamente arduo de este nombre consiste en que pertenece a un hombre cuya sangre ha salido afuera y ha sido absorbida por la tierra. ¿Cómo esa sangre que pertenece a un punto del tiempo y del espacio puede circular por todos los giros del universo? Y aunque así pudiera ser, ¿cómo puede superar la ley universal, por la cual la vida general no continúa, sino por la muerte del particular?

El hombre deseó superar la ley de la especie, renaciendo él mismo, y expresó tal deseo en el mito del ave phoenix. Ya sería maravilloso volver a la juven-

(1) "La semilla muerta". Edit. Sur (Bs. As.).

tud, aunque sea a veces tan duro vivir. "¡Si pudiera volver a tener veinte años...!", dicen los viejos (inconcientes). Sin embargo, ¿no podríamos pedir un poco más? ¿No podríamos ir mejorando nuestra condición, permaneciendo en la ley de la fugacidad?

Los pitagóricos desarrollaron el ideograma de las reencarnaciones diagramadas: se trabaja en la vida por horarios continuos, de suerte que el siguiente turno es determinado por la calidad del trabajo realizado en los anteriores. Como se ve, ya comenzamos a emerger de los mitos agrarios. Platón y Aristóteles profundizan en el análisis de las ideas; las ideas que se reflejan en nosotros, el entendimiento que viene a entender en nosotros, enigrarán a sus esferas eternas. Entretanto, ¿qué hay del hombre, cuyo cuerpo se mezcla con la tierra?

Esta pregunta nos conduce de lleno al tema de Ana Gándara, que no nace de una filosofía, que sea la elaboración del propio pensamiento, sino de un conocimiento de Fe, y de la mística percepción de su asimilación con el Hombre, cuya sangre se ha convertido en la sangre del mundo. El Señor Jesús murió, y tuvo también durante la vida conciencia de que marchaba a la muerte. Pero su conciencia de la muerte era fundamentalmente otra que la nuestra. Habló claramente de su muerte como de un paso, de un tope amargo de disminución, que no era sin embargo disminución de vida, sino dar el duro paso de sembrar la semilla en el surco de la tierra. Como lo había prefigurado en el poder de curar y resucitar, y como lo prenunció de sí mismo, vivió su propia muerte, y surgió como era, inmortal. En su muerte, la sangre derramada se convirtió en la sangre del nuevo mundo. Cristo mezcla su sangre con la tierra; pero esto tiene un sentido enteramente positivo: se hace obedeciendo a la fuerza expansiva del amor, impaciente por invadir la tierra. El hombre debe continuar la siembra, vertiendo también su sangre. Acción igualmente positiva, por misteriosa iden-

tificación con el Hombre que dio el paso de la muerte a la vida duradera.

Los hombres siembran la sangre en la sangre para continuar la vida de la especie. Los héroes presintieron que debían sembrarla más generosamente en la tierra, para que florezca la patria. El mundo antiguo, inmediatamente anterior a Cristo, tributó a los héroes el culto que la iglesia tributará a los santos. Los santos son los héroes del mundo nuevo. Ambos presienten otra vida. Pero a los santos se les ha dado una visión más real, refrendada por la muerte y resurrección de Cristo, de esa vida que presintieron los héroes. De modo que los héroes han sido absorbidos en los santos, en la medida en que los hombres van ganando la visión de Cristo. Conforme esa visión nueva se da, los héroes comienzan a ser anacrónicos.

• LOS SIMBOLOS Y SU TERMINO

Ana Gándara compone sus cuatro primeros poemas sobre los cuatro símbolos elementales: el agua ("El mar"), la tierra ("La pampa"), el fuego ("El fuego"), y el viento ("El espíritu"), que figuran la universalidad de los seres.

En el agua, Ana Gándara se siente descubierta, invadida, mezclada a las tierras lejanas, los animales marinos, las arenas, las gaviotas. Y, súbitamente, sorprendida por "Alguien que se paseaba por la orilla".

"Eramos como dos niños, — quietos, allí, mirando. — Nos abrumaba el peso de nuestra nada, — de nuestra fragilidad, — como si tuviéramos delante — a nuestros esqueletos, — solos, — sin carne.

Nos cohibía la soledad de todo, — la soledad nuestra, — la soledad del mar, — del color azul, — de los pájaros muertos, — sobre la playa. — Absortos, no sabíamos — que latíamos al unísono — con la espuma del agua, — con la sal del aire, — con la brisa sin rumbo. — Desaparecíamos, — nos confundíamos

también nosotros — en aquella canción — que se elevaba en torno — hacia ese Alguien, — hacia ese Señor — que se paseaba por la costa — mientras se deshacían — las olas blancas y los pájaros venían a morir — a la playa”.

En la pampa, Ana Gándara se siente concreta, encerrada para sí, a salvo de la presencia universal. La tierra expresa la limitación, y consiguientemente, la individuación. (Influído probablemente por este símbolo universal, Tomás de Aquino individuaba los espíritus humanos por “la materia signata quantitate”). Pero nuevamente efectúa el descubrimiento de otra presencia, por diversa causa: ahora que está limitada, que es ella misma, siente que está sola. Su soledad es fundamentalmente diversa de la soledad de los alambrados, los pastos, y aun de los potros; llama Al Que está presente, con dos palabras que expresan la dialéctica de la persona: “Mi Amado”. La soledad es amarga, pero suscita y descansa en el nombre del Amado.

“Te has escondido — detrás de la pampa — que me impone su ritmo secreto. — Has desaparecido — entre las disparadas de los potros, — el movimiento de las ligunas, — el pajonal sacudido por el viento...”

No estás ya, — te has ido.

Entonces quiero negarte, — y quedarme con la soledad, — con la apereza igual — de la llanura.

Mas no, — sé muy bien — que sería inútil huir de Ti, — Mi Amado”.

La limitación de la tierra la hace sentirse sola, pero la soledad le descubre el secreto del éxtasis, el nombre de Amado. Al contacto con este nombre, la tierra se volatiliza por obra del fuego, símbolo del amor, la vida, el espíritu, lo que se desarrolla, sublima. Se siente devorada por el fuego, que “era recio, era la Vida, con su virilidad, con su tragedia”. Experimenta la alegría de ser liberada

por el fuego, pero constata enseguida que el fuego deja un residuo, tributo de la condición humana, que puede incluso distraer en forma casi definitiva la atención de los hombres.

“El fuego era terrible, — ardía en las calles, — ardía hasta el cielo. — Entraba por las ventanas, — consumía los cuerpos, — rugía por las calles.

Las llamas cobraban fuerza, — tomaban forma y movimiento. — Penetraban en las almas — y allí — avivaban las inquietudes, — estimulaban los tormentos, — el Amor.

Un día los hombres hallaron — el residuo del fuego. — Descubrieron que las cenizas eran suaves, — eran dulces como la noche. — El fuego era recio, — era la Vida”.

¿El fuego termina en la tierra? ¿La vida termina en la muerte?

En el capítulo 37 de la Profecía de Ezequiel, Yavé comunica al Profeta la orden de proferir sobre los huesos secos que cubrían el valle la Profecía de la nueva vocación a la vida. “Huesos secos, escuchad la palabra de Yavé. Así dice el Señor Yavé a estos huesos: He aquí que Yo haré que penetre en vosotros espíritu, y reviviréis... Llega, oh espíritu, de los cuatro vientos y sopla sobre estos huesos para que revivan”. Ana Gándara termina también su tetralogía con una visión del viento que sopla sobre las cenizas, infundiendo nueva vida. Se trata naturalmente del viento que figura la fuerza revitalizante del Espíritu divino.

“Un viento sopla, — un viento fuerte. — Sopla suave, — sopla siempre, — sin descanso. — Nadie sabe que sopla — pero sopla, sin cesar.

A su paso se derrumban — las montañas; — se deshacen los firmamentos, — a su paso. — Las ciudades tambalean, — las muchedumbres enmudecen, — a su paso.

Sopla sobre los tejados — y penetra

● LITERATURA

en los cuartos. — Corre por las calles — y resplandece — en alguna frase suelta, — Alcá, ilumina una mente ciega, — allí, atraviesa un acto obscuro, — hecho en la penumbra, — pálido, escondido. — Más lejos, inclina un amor hacia otro — empujándolos en la tarde oscura”.

Explorados los cuatro símbolos elementales como figuras de la realidad cristiana, Ana Gándara prosigue ahondando en la propia muerte, hasta el fin. Dos realidades, presentidas por las mitologías antiguas, llevadas al plano de la realidad histórica por la revelación cristiana, polarizan su atención en los seis restantes poemas: la Palabra que enjuicia la vida de los hombres y la Palabra que los llama. “Se hará la noche, amado Cristo, — cuando vengas a juzgarme — en la última agonía — y tu Amor estará presente — para llenar los pobres actos míos, — pobres y vacíos. — Haz que permanezca unida a Ti — ahora, en cuerpo y alma, — para que pueda después seguirte, — oh Cristo amado, — cuando la noche se haga, — cuando todo se apague, — los astros, — las luces, — las voces, — los rostros. — Cuando todo sea oscuro — y sólo Tú seas claro. — Cuando vengas y llegues — a llevarme”.

● EL ESTILO

Las finuras rítmicas y cadenciales de los que aspiran a un máximo de registros humanos son suplidas en estos poemas por una simplicidad desgarradora. Ante Dios, la palabra más justa del hombre es el asombro y el silencio. El intento primero de Ana Gándara no es escribir poesía, sino orar. Pero la oración bien hecha, del que se sabe diciendo palabras ante el Señor, adquiere la medida de la respiración del alma, y calidades comunicativas, emparentadas con la radiosidad del poema. Las palabras que componen estos poemas son antes que nada las frases del corazón cristiano que se asoma a ese abismo temible de

la propia contingencia, siente la absorción que ejerce por todos lados la carencia de sustentación, la labilidad de la propia conciencia cuando se vierte sobre sí misma, y, entonces, orientándose en la oscuridad, llama con un gemido a Aquél que la llamó primero.

Hay todavía en sus frases, palabras que no habría sido necesario pronunciar; explicaciones que no han sido dichas al amado, sino a otros que oyen la plegaria. Diríamos que tiene distracciones en la oración. Como le pasa a cualquiera que intenta hablar a otro continente, y encuentra que la picaña abierta por sus palabras lo había conducido a zonas de una geografía todavía conocida. El héroe puede dar su sangre de un tajo y el santo puede pronunciar un nombre salvador; pero construir frases enteras es un enriedo, cuando se quiere llegar con lo que uno es a lo que otro es. La gente suele decir, “te quiero”, y después, prescindir de las palabras. Inversamente, esa frase significa, “no quiero decir más palabras”.

Sin embargo, aunque sea arduo, el camino de las palabras va más lejos que ningún otro en la manifestación del espíritu. Sólo se debe cuidar que las palabras no se conviertan en término del viaje. Ana Gándara está lejos de haber sucumbido en este escollo. El tiempo nos dirá si marcha a una mayor hondura mística, que la llevaría probablemente a una mayor simplicidad, o si se encamina a una más exacta fenomenología del corazón cotidiano. Las señales de ruta, ¿qué indican? Las dos cosas son probables, porque están contenidas en germen ya ahora: hay una decisión —que nos sentiríamos tentados de llamar atroz, si no supiéramos que es divinamente humana— de quemar el cartucho de la propia vida para descender hasta el fondo de la contingencia, preciso lugar donde el hombre siente el apoyo del Otro; y hay también, como en toda persona de alma sana, un impulso a desplegar y florecer.